

RECUPERACIÓN DE LA MEMORIA EN LA ESCRITURA DE RUBÉN TIZZIANI Y DE ROBERTO RASCHELLA

MEMORY RECOVERY IN THE WRITING OF RUBÉN TIZZIANI AND ROBERTO RASCHELLA

FERNANDA ELISA BRAVO HERRERA
Universidad Nacional de Salta, CONICET, Argentina
fernandabravoherrera@hotmail.com

El objetivo de este trabajo es analizar las diferentes formas en que el sujeto narrativo, múltiple y dialógico, construye en *Mar de olvido* de Rubén Tizziani (1992) y en *Si hubiéramos vivido aquí* de Roberto Raschella (1998) las diversas representaciones de la inmigración. Se propone rastrear en estos dos textos representativos de la literatura argentina centrada en la inmigración italiana la conformación del espacio escritural (auto)biográfico, la narración de las historias que definen la memoria, las identidades y los territorios culturales, y la percepción de la alteridad y de la mismidad. Se trabajará principalmente con la problematización de la subjetividad en el espacio biográfico y con la concepción de la escritura como lugar de la memoria.

The purpose of this paper is to analyze the ways in which the multiple and dialogic narrative subject constructs different representations of immigration in the novels Mar de olvido of Rubén Tizziani (1992) and Si hubiéramos vivido aquí of Roberto Raschella (1998). We aim to show through these two texts representative of Argentine literature focused on Italian immigration, the formation of the (auto) biographical scriptural space, the narration of the stories that define memory, identities and cultural territories, the perceptions of otherness and at the same time of the common features. The work focuses primarily on problem identification of subjectivity in space and on the concept of biographical writing as a place of memory.

FERNANDA BRAVO HERRERA es investigadora asistente del CONICET y del Instituto de Investigaciones Sociocríticas y Comparadas de la Universidad Nacional de Salta. Es doctora en Literatura Comparada y Traducción del Texto Literario; Máster Europeo de I Nivel en Conservación y Gestión de Bienes Culturales, sector Bibliotecario-Archivístico y Máster Científico Cultural de II Nivel en "Literatura Comparada y Traducción del Texto Literario" por la Università degli Studi di Siena. Es también licenciada en Letras por la Universidad Nacional de Salta.

Palabras clave:

- Inmigración
- Memoria
- Identidad
- Rubén Tizziani
- Roberto Raschella

Keywords:

- Immigration
- Memory
- Identity
- Rubén Tizziani
- Roberto Raschella

Envío: 15/12/2014

Aceptación: 15/01/2015

Llegar y ver de nuevo
Roberto Raschella, *La casa encontrada*

La narración de la inmigración como nudo fundacional en la configuración de la identidad argentina se ha inscripto en la literatura nacional de múltiples formas desde diferentes perspectivas socio-ideológicas tensionadas históricamente y en diálogo, a veces conflictivo, con la tradición literaria. Esta producción, que constituye un corpus amplio y variado, insta en el sistema literario argentino un "canon" específico a partir del genotexto de las representaciones de la inmigración y atendiendo a modelos, símbolos y estrategias narrativas que se conciben como manifestaciones textuales constantes alrededor de determinados nudos semánticos o ideogramas. Dentro de ese corpus heterogéneo, se eligen aquí dos textos representativos que proponen, como otras textualidades que declinan el fenómeno de la inmigración italiana en la Argentina, un rescate de dicho desplazamiento en su diálogo con la memoria, la escritura y la oralidad. Como otras producciones que retoman, especialmente en las últimas décadas en la Argentina, el relato de la inmigración

italiana entre la memoria y el olvido, *Mar de olvido* (1992) de Rubén Tizziani y *Si hubiéramos vivido aquí* (1998) de Roberto Raschella, se estructuran como narraciones corales tendentes a la recuperación de una memoria familiar que se instaaura como un relato fundacional de una estirpe que, en su dimensión molecular, interesa a la comunidad nacional y, elípticamente, a un proyecto político y ético.¹

En estas novelas, la escritura se impone como estrategia y vía necesaria de indagación identitaria. La palabra asume, por ello, protagonismo, y resulta ser, por una parte, objeto de reflexión e instrumento que narra un viaje, realiza una búsqueda, sostiene una memoria y selecciona el olvido, y, por otra, también sujeto y actor del relato. Tanto en *Mar de olvido* como en *Si hubiéramos vivido aquí*, es la escritura el oficiante de un rito que implica una meta-escritura, una propuesta “meta-poética”, y también un proceso lento y desgarrado de enunciación identitaria que implica una dialéctica entre la mismidad y la otredad y que no se concluye al terminar las novelas. El narrador se multiplica y se despliega en las múltiples voces que van sucediéndose, evidenciándose el carácter colectivo y polifónico del proceso escritural que es dialéctica entre memoria y olvido, tensionada en el relato del desarraigo.

El carácter hipotético que, ya desde el título, se propone en la novela de Raschella, opera como un metrónomo implacable que marca el ritmo de la novela y el viaje del hijo hacia la tierra de los padres. En la novela de Tizziani, en cambio, ese ritmo está marcado por el “olvido” que también se inscribe en el título y que actúa como la contracara, la cara efectiva de la memoria. Son pues, dos instancias aparentemente diferentes de la narración y de la representación de la inmigración que, no obstante, son dos formas de una utopía, como lo es, en definitiva, la escritura sobre un viaje y la indagación identitaria. Tanto la memoria y el olvido, como la hipótesis de un cronotopo diferente y de una vida otra en ese espacio, se conforman en las novelas de Raschella y de Tizziani como utopías, como “espectros”, otredad que implica la desarticulación de la contemporaneidad y el anacronismo, que son lazos y, al mismo tiempo, destierros temporales, espaciales e identitarios, y conllevan una legibilidad no transparente de un secreto y de una posible mismidad. Son, por esto, la memoria, el olvido y el desplazamiento hipotético de un horizonte vivido, activadores que funcionan como partes indispensables de un mandato que se manifiesta en una narración múltiple, asumida desde un sujeto que reordena, concentra y trata de encontrar y de darle un hilo conductor.

¹ Las citas de R. Tizziani y R. Raschella están tomadas de las siguientes ediciones: R. Tizziani, *Mar de olvido*, Emecé, Buenos Aires, 1992; mientras que las citas de R. Raschella provienen de las siguientes ediciones: *Diálogos en los patios rojos*, Paradiso, Buenos Aires, 1994; *Si hubiéramos vivido aquí*, Losada, Buenos Aires, 1998; *La casa encontrada. Poesía reunida, 1979-2010*, Fondo de Cultura Económica, Buenos Aires, 2011. Más información sobre ambos autores puede encontrarse en F. E. Bravo Herrera, ‘Viajes y fronteras en torno a la e(in)migración’, *Cuadernos de Humanidades*, 12 (2002), pp. 235-244; F. E. Bravo Herrera, ‘Los (im)posibles regresos a la tierra (perdida): *Si hubiéramos vivido aquí* de Roberto Raschella y *La tierra incomparable* de Antonio Dal Masetto’, *El hilo de la fábula*, 11 (2011), pp. 83-97; F. E. Bravo Herrera, ‘La inmigración italiana en Argentina entre la memoria y el olvido’, en R. M. Grillo y C. M. Perugini (eds.), *El olvido está lleno de memoria*, Oèdipus, Salerno, 2014, pp. 79-112; F. E. Bravo Herrera, ‘Narrar la memoria y los exilios. Viaje e inmigración en *Mar de olvido* de Rubén Tizziani’, *Anales de Literatura Hispanoamericana*, 43 (2014), pp. 101-113.

La nostalgia es, en estas escrituras, la modelización de la palabra entendida como el deseo intenso de regreso a la casa. La casa es el “paraíso perdido”, el espacio de la utopía y el (no) lugar en el que el relato se genera y se multiplica, gestándose en el ámbito familiar. El viaje del hijo tras las huellas del padre en *Si hubiéramos vivido aquí* se inicia, aún antes del desplazamiento físico, en los diálogos de la casa familiar en *Diálogos en los patios rojos* (1994) y se enuncia poéticamente en la antología *La casa encontrada*. En *La casa encontrada*, el poema XVII del libro que da el título a la antología, se propone un giro diferente a la búsqueda de la utopía, puesto que el silencio, una forma de olvido o de elipsis, se instaura como espacio vital de la familia y se propone la superación de los muros y de las palabras, ya que “es todo silencio” (p. 279) y “es algo más que palabra” (p. 279) “más allá de los muros” (p. 279). Esta opción se inscribe en el “mar de olvido” que supone el viaje en la novela de Tizziani, más allá de los discursos y las historias que se alternan, en un contrapunto doloroso a partir del rito que inicia la voz de la memoria. Este silencio, además, cubre un espacio –el de la utopía– que no encuentra una resolución a través de las palabras, los diálogos, los relatos que se superponen, se contradicen, se persiguen en las dos novelas de Raschella, limitados y expresivos en esa lengua, también desterritorializada como los sujetos y los espacios de pertenencia afectiva e identitaria. Es, pues, un desgarramiento el que sustenta la narración en las novelas de Raschella y Tizziani, pues el desplazamiento se impone como rasgo definitivo y definatorio de una inhabilitación signada por el destierro permanente al estar la memoria y el olvido en tensión entre dos espacios, dos tiempos utópicos e insituables, salvo en los relatos. En *Mar de olvido* este nudo conflictivo se configura “en la absurda apuesta de retener el pasado, de violentarlo para hacerlo presente, de conjurarlo a que reste, como si fuera posible que todo siga aconteciendo” (p. 221).

La herencia, conformada por la palabra que se asume como mandato familiar y que se traduce en relatos idealizados, en desafíos tendientes a indagar un pasado “desfigurado” en una alteridad incluso frente a sí mismo, problematiza, entonces, esa misma memoria al reconocer en esos relatos un rostro diferente en la multiplicidad de las voces que lo conforman. La alternancia de voces que narran la historia familiar en *Mar de olvido* revela, sin embargo, espacios de silencios, obliteraciones y auto-censuras que complejizan aún más las versiones de las historias, ya modelizadas como conjeturas inciertas y no solo representaciones de una utopía inmigratoria:

Sólo años más tarde, cuando empecé a desenredar esa impenetrable trama que era la historia de la familia (no porque alguien la contara, allí todo el tiempo se escamotearon pasados vergonzosos, sino por conversaciones escuchadas al pasar cuando la gente se juntaba para algún aniversario, por rencores mal disimulados, quejas que las víctimas dejaban caer como al descuido, por los soliloquios de mi padre cada vez que el insomnio lo sacaba de la cama en mitad de la noche y lo hacía caminar durante horas por la galería, tan metido en el recuerdo, que ni cuenta de que hablaba debía de darse, mucho menos de que lo hacía en voz lo bastante alta como para ser escuchado desde cualquier lugar de la casa), se me ocurrió que quizás la abuela buscara ocultarse; acosada por antiguos remordimientos, por pecados que, en una de éstas, le dolían, injusticias que habían plantado el odio entre los hijos. (p. 50)

La estructura poliédrica de la memoria y de los relatos que constituyen esa *narración*, que explica casi bíblicamente la historia de una estirpe signada

por el desplazamiento de la inmigración, se desplaza a su vez, extraviándose en ese devenir temporal, pluridiscursivo y polifónico. En *Mar de olvido* el viaje se presenta como el momento fundacional de la narración, sin fin, en tanto se reactualiza en los relatos y se niega a concluir su temporalidad:

El viaje, el viaje. Il viaggio non finiva mai. Empezó tan atrás, en un lugar tan remoto, hubo en el medio tanto vacío llenado por la fábula, que la final solo nos quedaron referencias confusas, testimonios enrarecidos por la distancia, el tiempo y la tristeza; sobre todo por la tristeza. Cuando uno extraña, algo cambia en los paisajes y en la gente, en algún alto del camino afloja el ánimo y se desliza una inadvertida falsedad, una mentira: error imperceptible al partir, que al llegar se hace enorme. Lo sé ahora que he visto la nostalgia de quienes, otra vez, siguen esperando el momento de volver. Pero ¿llegará la hora de regreso? ¿Aguardarán todavía los amenazantes fantasmas del ayer en el sitio añorado? ¿Es que, si al fin pisamos la tierra prometida, podremos aceptar que la historia sucedió, que está escrita? (p. 221)

La narratividad de ese desplazamiento y del extravío implica la búsqueda necesaria de una poética que permita nombrar y conjurar el desarraigo. La palabra se conforma como una posible ancla de un viaje por el tiempo narrativo y el de la narración y por una lengua que traduce un conflicto identitario y el desplazamiento por horizontes de pertenencias y de desgarros utópicos.

La familia, en estos múltiples viajes por los tiempos, las memorias, los espacios y los olvidos, es el “lugar” simbólico y entramado en el que se instauran las relaciones, y está representada con la casa, a la cual, no obstante sus disfunciones, se desea intensamente regresar y, por esto, concentra la nostalgia. La indagación, sea a través de los relatos orales que se transcriben estilísticamente, sea a través de la escritura vivida y asumida como un oficio y en el mismo viaje físico, a la tierra de origen, o simbólico, en las narraciones que conforman el tejido de la(s) historia(s), se constituye como una instancia reflexiva, llena de ambivalencias y contradicciones, de la historia familiar, en una conflictiva “metagenealogía”, es decir, en “un trabajo de toma de conciencia que supone la comprensión de los elementos del pasado que nos han formado, así como el inicio de un impulso futuro al cual nosotros damos forma”² que se resuelve en antigenealogía. Es decir, que la narración que recupera el viaje de inmigración en tanto hecho fundacional de la stirpe y de la misma escritura, en tanto propone en el mismo discurso un viaje en la temporalidad narrativa, tensionada en las múltiples voces y perspectivas, se configura como una metanarrativa, una metaescritura, ya que es a través de la palabra y de su estrategia que solo es posible realizar ese periplo de desplazamiento por la memoria a las utopías, revelándose, como en *Mar de olvido*, la inhabitabilidad y la imposibilidad de las mismas, es decir, la no factibilidad de realización del mandato familiar:

¿Sabe, Padre? También yo desandé la ruta en busca del lugar en donde, se supone, comienza la memoria. Lo hice tan solo para descubrir que ya no está, que la lluvia y el polvo han borrado los rastros, que los tesoros prometidos no son más que vino viejo, agrio. (p. 223)

² A. Jodorowsky y M. Costa, *Metagenealogía. El árbol genealógico como arte, terapia y búsqueda del Yo esencial*, Sudamericana, Buenos Aires, 2011, p. 14.

A su vez, en tanto la escritura es indagación de una genealogía y de una génesis, su dimensión auto-reflexiva la coloca en una doble dimensión, de metacrítica sobre las historias alrededor de dicha genealogía y de la génesis familiar. *Si hubiéramos nacido aquí* y *Mar de olvido* conforman dos narraciones de un viaje hacia atrás y hacia un espacio ubicado en un pasado que no es posible recuperar, sino parcialmente, a través de la palabra y estilizado, transformado, ya inhabitable, de tal modo que la línea temporal y la configuración del tiempo en la narración se plantean como aporías y enigmas en el devenir del ser y de la temporalidad. La escritura, como espacio de la memoria y como viaje a través de la palabra poética en una lengua suspendida entre un “aquí” y un “allá”, como es en *Si hubiéramos nacido aquí*, opera como lugar de mediación y de ruptura, conjeturas de posibilidades, constancia tal vez incierta de un transcurrir que se manifiesta en el mismo lenguaje. La palabra, en las narraciones sobre la inmigración, conforman la manifestación discursiva del desplazamiento en el tiempo, del desarraigo provocado al abandonar la tierra – la casa– de origen, el Paraíso Perdido, por lo que los diferentes relatos, además de sostener una memoria poliédrica llena de versiones y contradicciones, se proponen como huellas, como vestigios de un pasado que es presente, puesto que “il presente del passato è la memoria”.³ Excavar en el pasado, realizar un viaje a la tierra del padre, navegar en un mar de olvido, conjeturar vidas paralelas y “otras”, son ejercicios narrativos con el tiempo y conducen a una poética del relato, al entrecruzar la ficción y la historia en un imaginario colectivo desplazado, no mimético, y mediatizado por sistemas metafóricos y simbólicos de representaciones cronotópicas e identitarias con todas “las restricciones semióticas de la narratividad”.⁴

El desplazamiento por una cartografía imaginaria, idealizada, anacrónica y con desajustes, contribuye en la localización de los sujetos narrativos en la utopía recibida y construida durante generaciones como un mandato familiar. Esto crea un espacio fronterizo e intermedio, que se (re)inventa y (re)actualiza en el mismo relato en las intersecciones cronotópicas de las narraciones y en las diferentes y sucesivas intervenciones narrativas de los varios sujetos y sus voces que, con sus versiones y vaivenes a veces contradictorios, proponen decir, con acronías o desviaciones del tiempo, el entramado de lo no-nominable y no-recuperable en tanto utopía de la memoria. Los relatos buscan llenar los vacíos, los faltantes que han quedado con los desplazamientos y el entrecruzarse de narraciones configuran el espacio (auto) biográfico (meta)ficcional de una estirpe y de los sujetos que la conforman. Cada voz narrativa se propone en el coro como voz “solista” que se instaure como sujeto heroico que debe cumplir con un recorrido temporal y discursivo de recuperación y construcción de un relato, en cierto modo, mítico y “épico” a la vez. Los desplazamientos cronotópicos y discursivos en las narraciones conforman parte de los ritos de conservación de una memoria, a través de los relatos orales y de la escritura. La alternancia de voces proyecta en las novelas las varias subjetividades y los múltiples espacios biográficos de los protagonistas, poniendo en resalto las diferencias y coincidencias, las continuidades y las rupturas. De esta manera, aun cuando en estas novelas se narre una itinerancia signada por la inmigración, el relato es (auto)biográfico y se instaure desde las subjetividades,

³ San Agustín, *Le confessioni*, BUR, Milán, 2007, p. 335.

⁴ P. Ricoeur, *Tiempo y narración. Vol. II. Configuración del tiempo en el relato de ficción*, Siglo XXI, México, 2008, p. 420.

es decir, con una preminencia enunciativa desde el “yo”, incluso desde la multiplicidad de sujetos, en su naturaleza individual o colectiva. Los desplazamientos definen a los sujetos narrativos en sus “otredades” y en los varios contextos dialógicos, frente a otros sujetos y en la instauración ya no bajo el signo de lo “Mismo”, en “la ‘reefectuación’ del pasado en el presente”,⁵ sino del signo de lo “Otro”, en tanto “ontología negativa del pasado”.⁶ La escritura deviene constante diálogo entre diferentes voces, itinerante por las interproyecciones y proyecciones del transcurrir y de la centralidad de las (auto)representaciones del “yo” en su relación con una historia colectiva y con la temporalidad que la signa. La escritura, con sus estrategias discursivas, se conforma desde el principio de “simulacro”, sea archivístico-documental, o dialógico y oral. En esta ficcionalización, los relatos construyen una “historia desde abajo” o microhistoria(s), en la que la interioridad y la relación del sujeto individual con el comunitario (re)afirma el devenir (auto)biográfico y narrativo. Es en este devenir narrativo, con sus desplazamientos, simulacros y ficcionalizaciones, que la construcción del espacio biográfico (individual y de la estirpe) conduce a una conformación mítica del origen familiar y del devenir temporal.

El viaje, en sus múltiples formas, y la escritura en tanto registro de voces que narran la historia familiar y su devenir en los desplazamientos y tensiones entre la memoria y el olvido, y bajo la instancia fundacional de la inmigración, conforman, pues, los vestigios, las huellas que se interpretan, en un proceso hermenéutico de indagación alrededor de la identidad y fundamentalmente del enigma de la existencia humana. En *Si hubiéramos vivido aquí*, el viaje del hijo de inmigrantes se presenta no solo como búsqueda de “la historia del padre” (p. 9), sino en toda su complejidad de indagación existencial:

...en cuanto mi viaje indicaba el criterio de excavar en la infelicidad humana, de separar algo que ya estaba desgarrado entre tierra y tierra, y de los hombres que residían aquí y allá, guerras más o menos abiertas y sangrantes, pacificaciones colmadas de furor y de injusticia, ocios y trabajos delirantes habían desencadenado la insolente y prematura vejez o el cinismo del dejarse estar. [...] Yo quería reparar buscando la historia de familia y que ella me trajera por natural derivación la historia de todos los hombres y el juicio a sus errores, o aun a la perversa ingenuidad de mi propia vida. El olvido también, la corrupción, o cualquier otra forma de saber. (pp. 84-85)

Es, detrás de la construcción del mito del “yo” y de la estirpe familiar que se representa, por una parte, en elipsis, el nudo conflictivo de los fracasos, de la transitoriedad, de los destierros, y, por otra parte, el viaje simbólico que enuncia el reconocimiento de una identidad, en la alteridad (que puede encontrarse, en tanto extranjero, en el mismo sujeto) y en la mismidad (visible también en los otros). Esta condición es perceptible para el narrador, hijo de inmigrantes, *en Si hubiéramos vivido aquí*:

La ley más común dice que se ha de ser una sola persona, en la casa y en la calle, entre los semejantes, al exaltar o después de cada miseria. Pero si vives más allá de tu país un cierto tiempo, aprendes que es posible despertarse uno y acostarse

⁵ P. Ricoeur, *Tiempo y narración. Vol. III. El tiempo narrado*, Siglo XXI, México, 2009, p. 840.

⁶ *Ibid.*, p. 847.

otro, simular la fragancia de los ángeles o compartir la desidia por la muerte, y también inclinarse ante la nueva desgracia, física o espiritual. Aun si vives en tu país, pero extranjero. (p. 66)

Todo esto, como el pasado y el lugar de origen perdido, la casa familiar y el pueblo, con sus violencias y desamores, constituye el legado, la herencia, el secreto, el enigma y el espectro, es decir, los nudos que no encuentran una resolución y que determinan el conflicto que conlleva a la escritura y al discurrir de la palabra. La lengua, como en *Si hubiéramos vivido aquí*, se desgarrar y se desplaza, deviene lengua *miscitada*, contaminada, desdibujada en espacios y tiempos tensionados, niega y fagocita su alteridad y negocia su identidad en la diferencia. En este deshilacharse violento, la lengua asume la voluntad de re-escribir y re-formular un árbol genealógico, una metagenealogía que puede volverse antigenealogía, en dos orillas, con sus antagonismos, disoluciones y desplazamientos, acompañando el proyecto narrativo y extraliterario. Raschella representa estos conflictos identitarios en la lengua:

Tu madre te habló el dialecto, porque nuestra juventud no practicaba casi lengua. En la escuela tuya, emparaste el castellano... Pero tu mente, ¿qué hizo con la confusión? ¿Pusiste palabras del dialecto en medio del bello discurso español? ¿Tocaste las entrañas del orden, y en lugar del verbo se te ocurrió implantar un sustantivo, o donde corresponde la o metiste una u, como es nuestra usanza? O has preferido articular el sonido con el pensamiento en las aguas más inquietas, en el fondo de ti mismo. Forse es mejor así, forse serás un infierno del vocabulario... (p. 172)

La escritura y la lengua muestran un proceso difícil de aprendizaje que hace que estas novelas se inscriban, aun tangencialmente, en el canon de las novelas de formación, en tanto es la juventud la que se abre camino en las autodeterminaciones de una “socialización” forzada y en tensión con la realización de una individualidad diferenciada, pero incluida al mismo tiempo. El viaje de formación, que realiza el descendiente de inmigrantes tras las huellas de sus antepasados y en búsqueda del lugar primigenio, se presenta fundamentalmente como *performance* del sujeto, del mismo modo que el viaje de inmigración había operado transformaciones. En *Si hubiéramos vivido aquí*, ya terminando su viaje, el hijo de inmigrantes reflexiona sobre su mismo viaje, que es una forma de repensar su escritura y su mismo cuerpo, su identidad: “Entonces pensé que el viaje había sido un tránsito en mí mismo y que día a día había pasado de lugar a lugar como quien toca las diversas partes de su cuerpo, en el anhelo del ser amado” (p. 198).

El descendiente de inmigrantes, como parte de su formación, recibe el mandato de sus antepasados, y “realiza”, en nombre de ellos, el viaje de regreso y recupera la experiencia de sus abuelos. La identidad del sujeto se define en la alteridad y al mirar el hijo de inmigrantes su propio rostro descubre el del padre, fusionando en su mismidad la alteridad que niega y busca al mismo tiempo. En *Si hubiéramos vivido aquí*, el descubrimiento, al mirarse en el espejo revela una identidad rasgada y conflictiva por la imposición de un mandato: “Y me miré al espejo. Ya no era el mismo hombre que había salido de la casa semiabandonada y abierta a todas las sospechas. Algo me había trabajado el rostro, y eran las líneas de mi padre que se daban forma en él: el amargo sesgo de los labios, el temor expresado precipuamente en los ojos” (p. 113). El descendiente de inmigrantes se erige como un héroe que, siguiendo las

varias versiones y como parte de su aprendizaje, recorre el camino inverso de sus antepasados hacia una Itaca ya inexistente o nunca existida, y vuelve a tejer la memoria, con su continuo devenir, sus interpretaciones e (i) legibilidades. La errancia narrativa y los desplazamientos temporales, a partir de la pluridiscursividad, evidencian no solamente la actualización de una herencia sino también la fundación de las utopías y revelan según Saraceni que, en *Si hubiéramos vivido aquí*, “después del viaje, el origen deja de ser el principio incuestionable e inamovible que se desea recuperar para convertirse en un tiempo por-venir, en la palabra que falta y que por eso mismo promete la esperanza de una comunidad posible para los excluidos de toda pertenencia”.⁷

Los relatos y las voces, además de reconstruir las múltiples historias de la familia y de la inmigración, y en tanto elíptica y simbólicamente presentan las varias utopías, desentrañan las claves de las ausencias, que revelan la condición de extranjero y el devenir del tiempo. En *Mar de olvido* esta condición se revela, luego de constatar que “el olvido es implacable y que sería imposible desentrañar las claves, el oculto significado de los signos” (p. 224) y que las imágenes que se esperaron “no regresaron y el mundo envejeció, se hizo cenizas, fue dispersado por el viento, gastado por la lluvia, deshecho por la usura de los días” (p. 224). Esta revelación implica reconocer que el viaje de aprendizaje puede ser infructuoso, pero no por ello dejar inalterado al sujeto que lo emprende, de tal modo que “Già non c'è qui [...] No está aquí lo que has venido a buscar [...] Y supe, entonces, que nunca se vuelve al hogar, al sitio abandonado; que descubrirse extranjero en su tierra, es el desmesurado precio de la ausencia” (p. 225). Por esto las palabras se suceden, cubriendo vacíos al evocar, en una dialéctica necesaria y continua, lo inhabitable, los espacios, los vínculos, el lenguaje, la temporalidad y la identidad narrativa. Esta voluntad deviene, sin embargo, otra utopía más que se muestra como una aporía de la temporalidad y de los límites de la narración y revela, entonces, otra imposibilidad que parece concluir un círculo, una travesía, al optar, como en *Mar de olvido*, por el silencio y el inevitable olvido. Los “espectros”, finalmente, se revelan, y es la ausencia lo que muestra la voluntad de rescatarlos. El mismo sujeto de la narración en *Si hubiéramos vivido aquí* que rescata las historias es consciente de su condición de “espectro” para otros y con ello asume finalmente la ausencia del padre, abandonando la presión del mandato familiar de este modo:

Alguna vez me preguntaré si he estado realmente aquí, o se trató de la ilusión de un viaje nunca sucedido. Los paisanos se olvidarán, o seré siempre para ellos la informe soledad de un mundo ignorado que aquí estuvo, sospechados, sospechantes, los unos y los otros. Pero ahora sé que mi padre está irremisiblemente muerto. (p. 199)

⁷ G. Saraceni, *Escribir hacia atrás. Herencia, lengua, memoria*, Beatriz Viterbo Editora, Rosario, 2008, p. 196.